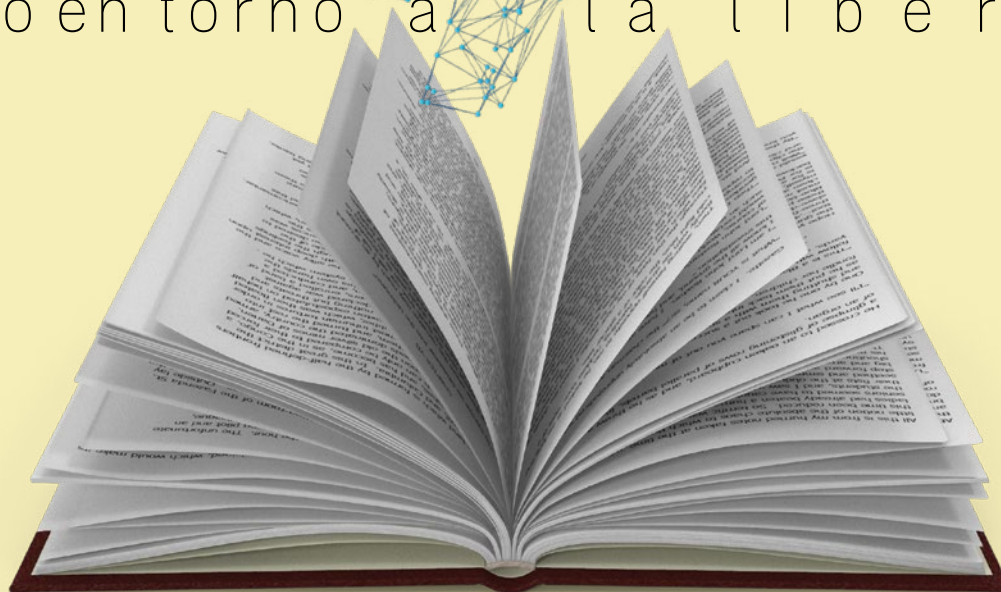


Filosofía y neurociencias



Un diálogo en torno a la libertad



**Dos disciplinas aparentemente lejanas
entre sí analizan el eterno problema de la
libertad en el ser humano.**

REGINA LUÉVANO CAYÓN y
CÉSAR REYNOSO FLORES

«El hombre ha nacido libre y en todas partes está encadenado», es la célebre frase con la que Rousseau comenzaba el *Contrato social* (1762). Así como él, muchos autores -filósofos, políticos, poetas y novelistas- a lo largo de la historia han visto a la libertad como una parte fundamental y esencial de la naturaleza humana. Desde tiempos inmemoriales, la libertad se ha presentado como uno de los más grandes dones y el mayor bien que las personas puedan atesorar. Sin embargo, también ha habido otras posturas que han visto en la libertad una severa carga. Un yugo que puede volver insostenible la vida. «El hombre está condenado a ser libre» fue la sentencia que Jean-Paul Sartre -uno de los máximos representantes del existencialismo- lanzaba sobre el destino de los seres humanos.

No obstante, e independientemente de cómo se conciba, ya sea como un regalo o un regalo envenenado, hoy en día -y gracias al avance de las neurociencias- son inevitables los múltiples cuestionamientos que encierran este tema. ¿Realmente somos libres? ¿Qué tanto influye la genética en nuestro comportamiento y decisiones? ¿La cultura y la educación son herramientas para el desarrollo de la libertad o barreras que la limitan? ¿Hay alguna parte del cerebro encargada de la libertad? ¿Qué es en sí la libertad?

Si bien durante muchos siglos los filósofos fueron los primeros que dieron un paso al frente para intentar responder estas preguntas, actualmente son los neurólogos quienes buscan dar un nuevo enfoque sobre estas cuestiones.

LIBERTAD Y NEUROCIENCIAS

Desde la perspectiva de las neurociencias, parece que discernir sobre la libertad es una queja histriónica. Como el que dice yo soy muy guapo y me pesa serlo. En pocas palabras, la libertad se puede definir *grosso modo* como un constructo propio de la condición humana, que se presenta de manera innata como resultado de



Jean-Jacques Rousseau

¿Realmente somos libres? ¿Qué tanto influye la genética en nuestro comportamiento y decisiones? ¿Hay alguna parte del cerebro encargada de la libertad? ¿Qué es en sí la libertad?

su capacidad cerebral para poder tomar decisiones. El encuentro con la libertad sorprende a los seres humanos, porque somos capaces de darnos cuenta de que la poseemos y que otros animales no. Pero también nos impacta percatarnos del poder que tenemos entre nosotros para administrar y restringir la libertad de otros.

Sin embargo, cuando nos hacemos preguntas del tipo: ¿Qué tan libres somos? o ¿Quién es más libre, el rey de España o yo, porque puedo comer todos los días en El borrego viudo? La respuesta a dichas interrogantes se vuelve oscura y poco clara. Medir la libertad es una tarea compleja -por no decir casi imposible-, porque implicaría también medir el pensamiento y la experiencia previa.

Ahora bien, desde que se puede explorar la función cerebral de forma inocua, por medio de resonancia magnética funcional, se sabe que una serie de regiones cerebrales se activan en el momento de tomar decisiones. Por ejemplo, al colocar a individuos «sanos» a decidir entre dos o varias opciones, se ha encontrado que la decisión sin carga moral (es decir, la que corresponde a las acciones cotidianas como peinarse o tomar café o agua) se encuentra casi automatizada.

Tanto los pensamientos de deseo (aquellos que aparecen sin aparente estímulo) como los que son impulsados por un estímulo claro, son cotejados en áreas corticales de recuperación (memoria) y son puestos a disposición de las áreas prefrontales. Este circuito de deseo, recuperación y exhibición en la conciencia, tiene un resorte automático de proyección al futuro (es la planeación y el trazo de lo que va a pasar si decido). De esta manera, al decidir se conectan enseguida los reflectores de la atención, para percibir si sucede lo que pensaba que sucedería. La confirmación de lo sucedido nos da la satisfacción del cierre del circuito y volvemos a empezar.

El arranque de este circuito se genera en el sistema límbico¹, que tiene como función el

la libertad se puede definir *grosso modo* como un constructo propio de la condición humana, que se presenta de manera innata como resultado de su capacidad cerebral para poder tomar decisiones.

arranque del deseo, la motivación, las emociones y la memoria. Este sistema pone a disposición del lóbulo frontal un producto cognitivo aderezado por algunos detalles de otras regiones cerebrales (actualización del producto). Asimismo, el lóbulo frontal tiene un propio circuito que se activa dependiendo de qué tipo de producto se le presenta. Las áreas prefrontales dorso y ventrolaterales y mediales del lóbulo frontal funcionan como un circuito de estimulación e inhibición en las decisiones que tienen una carga emotiva, vital, que en otros casos llamarían ética o moral.

El aumento de la actividad de la corteza ventromedial al tomar decisiones con una carga moral genera decisiones impulsivas y poco empáticas. Aunque con los años se encontrará que los circuitos cerebrales de estas zonas son más complejos que solo aumento o disminución de actividad.

Ahora bien, de manera muy resumida y general, podemos decir que -desde la perspectiva de las neurociencias- la libertad se basa en el sistema de deseo, proyección, planeación y adecuación de la función ejecutiva que proporciona satisfacción o insatisfacción constante.

No obstante, éstas no son las únicas interrogantes que inquietan y forman parte de las eternas discusiones sobre este tema. Existe también el famoso dilema entre libertad y determinismo. Ante esta posición dicotómica es obligado preguntarnos: ¿Qué tanto influye la genética en nuestras decisiones? Para responder esta cuestión es importante señalar que el comportamiento se va «actualizando» generación tras generación, dejando una inercia en la conducta de sus descendientes pero que se va modificando con la multiplicidad de registros de las acciones de muchas generaciones. En este sentido, sería absurdo culpar o responsabilizar a nuestros antepasados de nuestras decisiones. Cada individuo, dependiendo de su propia experiencia, va forjando su propia vida, por lo que no podríamos afirmar que estamos predeterminados ni condenados.

Por ejemplo, Ted Bundy -el famoso asesino serial estadounidense- tenía una tendencia conductual de nacimiento a sentir placer por ver morir a sus víctimas, la cual fue desarrollando y perfeccionando con la experiencia. ¿Cuál fue el

detonante que destapó esta tendencia? La terrible mentira que sus padres y abuelos le dijeron sobre su nacimiento. Por un prejuicio social a las madres solteras, decidieron ocultarle su origen diciéndole que su madre era su hermana. Asimismo, creció en un ambiente hostil donde cada día respiraba un aire de violencia contra las mujeres desde que tuvo uso de razón. De esta manera, tenemos el fuego y la gasolina necesarios para la máxima explosión de abuso, según su razonamiento, «justificado» hacia las mujeres, el cual definió su vida.

Otro caso similar -aunque éste es meramente ficticio- lo encontramos en la película del Joker de 2019. Siguiendo ambas historias podríamos llegar a pensar que el maltrato te da «permiso» de enojarte, desquitarte y pensar que tienes que liberarte, ejercer tu libertad y seguir tus emociones para ser feliz. Precisamente, ese es el tipo de «liberación» que Arthur Fleck expresa con su baile en la icónica escena de las escaleras, o cuando declara que está harto de fingir que no disfruta cuando un niño se cae y llora.

Dentro de este contexto, tal parece que un «candado» importante para controlar la emoción al daño (aunque ésta sea inercialmente potente) es el vínculo «sano» con personas claves, tales como la madre, el padre o los hermanos.

También es necesario tener en cuenta que los patrones conductuales se repiten en cierto porcentaje de la población. Las personas que tienen conductas de abuso hacia otras personas -que en muchas ocasiones suelen ser las más inocentes que pueden existir- no tienen ningún reparo en pensar que están ejerciendo su libertad. Incluso algunos llegan a pensar que se están ganando el cielo con sus acciones. En este caso, el factor que tienen en común este tipo de personas abusadoras es una hipertrofia del gusto por la ventaja sobre los demás, un desprecio a las mujeres y un vínculo patológico con sus progenitores.

Si bien la estructura mental de estas personas suele ser normal, con un cerebro estructuralmente completo y sano en términos morfológicos, ya se han identificado las zonas que se activan en el cerebro humano cuando se deciden acciones o pensamientos de ventaja o de falta de compasión. A pesar de que aún no se sabe la diferencia cualitativa entre los



individuos que sienten emociones «negativas» y los que las llevan a cabo, los hallazgos funcionales son sutiles en la activación de las regiones paralímbicas.

Se tiene la suposición de que una disfunción de las regiones paralímbicas, de la corteza prefrontal ventromedial, el cíngulo posterior y la amígdala son el origen de las emociones antisociales con bajo control moral. Tal parece que la combinación de las disfunciones de estas áreas coincide con estas conductas, pero no son del todo determinantes en el 100% de los sujetos.

Cabe la sospecha de que existan algunos individuos que no puedan controlar esa inercia, pero en la mayoría de los seres humanos esas aéreas están activas y también controladas. La pregunta es: ¿Hay personas que no pueden ejercer la libertad de actuar en beneficio de otros? Seguramente sí, pero muy pocos. Por otro lado, también es pertinente la pregunta en dirección contraria: ¿Hay personas que no pueden actuar en perjuicio de otros? ¿Cómo podríamos llamar a este tipo de comportamiento o de personas? Y si es así, se abre un mediterráneo de dudas, ¿los virtuosos no necesariamente son los que tienen más mérito?

Si bien el egoísmo es una condición natural en los seres humanos, algunos filósofos, como David Hume, han matizado ese egoísmo al afirmar que las personas solo tenemos una benevolencia limitada, ya que por lo general somos capaces de sacrificarnos por otros. Tal parece que aquí nos enfrentamos a otro debate en torno a la libertad ¿Cómo podemos ser libres sin afectar a los demás? ¿Cómo congeniamos el interés individual con el interés colectivo? La respuesta a estas preguntas ha sido fruto de largas y extensas discusiones filosóficas.

APLICACIONES PRÁCTICAS SOBRE LA LIBERTAD

Desde el campo de la filosofía, hablar de la libertad es casi tan viejo como los seres humanos. Son pocos los filósofos que no hayan hablado de ella. Sin embargo, dentro de este enorme mundo de ideas y teorías, la postura de John Stuart Mill se destaca por sus agudas reflexiones y aplicaciones prácticas. En su

desde la perspectiva de las neurociencias, la libertad se basa en el sistema de deseo, proyección, planeación y adecuación de la función ejecutiva que proporciona satisfacción o insatisfacción constante.

célebre libro *Sobre la libertad* (1859), analiza los límites de la libertad individual dentro de la sociedad.

Dentro de su análisis, una de las cuestiones que resulta más interesante es su postura sobre la pobreza. La indigencia junto con la enfermedad, la malignidad o la vileza son las grandes fuentes de sufrimiento físico y mental. Empero, la pobreza -en cualquier sentido que implique sufrimiento- podrá ser completamente extinguida por la sabiduría de la sociedad, combinada con el buen sentido y la prudencia de los individuos. De esta manera, Mill considera que es posible hacer responsables a las personas ante la sociedad si no cumplen ciertos actos benéficos, tales como salvar la vida de un semejante o defender al débil contra los malos tratos. Una persona puede perjudicar a sus semejantes no sólo a causa de sus acciones, sino también por sus omisiones, y en ambos casos será responsable del daño que se siga.²

Otra de las cuestiones que se plantean en *Sobre la libertad* se refiere a los límites de la libertad de opinión y libertad de expresión. ¿Hasta dónde se pueden extender las fronteras de la tolerancia? En la actualidad podríamos decir que ésta es una de las grandes interrogantes que circula en el espacio público. En enero del 2021, ante la noticia de que Twitter había suspendido permanentemente la cuenta de Donald Trump ante el riesgo de «incitación a la violencia», muchos académicos, politólogos, sociólogos -o simplemente cualquier persona que estuviera interesada en el tema- se preguntaban si la acción de Twitter podía considerarse una violación a la libertad de expresión.

Para Mill la respuesta es muy clara y en el fondo ni siquiera debería haber una polémica al respecto. Según explica, todos los hombres son libres de conducirse en la vida de acuerdo con sus opiniones, sin que nadie se los impida física o moralmente. Sin embargo, las mismas opiniones pierden inmunidad cuando se las expresa en circunstancias tales que resultan en una positiva instigación a cualquier acto inconveniente. Aquellas acciones que guiadas por una opinión perjudiquen a alguien, pueden y deben ser controladas.





Como buen liberal y defensor del individualismo –aunque con ciertos límites por el bien de la sociedad–, Mill también está a favor del libre comercio. Según explica, las restricciones impuestas al comercio o a la producción resultan ser verdaderos obstáculos y, por lo tanto, un mal. No obstante, también se cuestiona en qué casos sería legítima y hasta cierto punto necesaria la intervención del Estado en el comercio.

En primer lugar, considera como algo totalmente legítimo y sin que sea una violación a la libertad el control público para impedir el fraude por adulteración de productos o la imposición de precauciones de los posibles daños o riesgos que pueda generar un determinado producto, por las sustancias o ingredientes que contiene. Sorprendentemente, este ejemplo nos parece bastante familiar y prácticamente ya forma parte de nuestra vida. De hecho, la próxima vez que usted tenga en sus manos una cajetilla de cigarrillos y vea las imágenes ilustrativas de los daños que produce, o que visite el supermercado y vea los sellos de «Exceso de calorías», «Exceso de Azúcares», «Exceso de grasas saturadas» y «Exceso de Sodio» podrá recordar las sabias palabras de Mill.

Otro de los casos controvertidos que se exponen en el libro es el de la prostitución. En opinión de Mill la prostitución debería ser tolerada. Cada quién es libre de vivir conforme a sus creencias y tener el estilo de vida que mejor le convenga. No obstante, aunque defiende los diferentes estilos de vida se pregunta también si es lo mismo dedicarse a la prostitución que al proxenetismo.

Según explica, en principio no se pierde nada ni se sacrifica ningún bien al permitir que cada individuo viva de acuerdo con sus gustos sin importar que sean sabios o estúpidos, siempre y cuando sea una decisión tomada por él mismo de forma libre, sin ser inducido, ni impulsado por otras personas que llevan en ello su propio provecho. Bajo esta restricción, claramente y en ninguna circunstancia sería permitida la trata de personas ni la esclavitud sexual. Pero ¿sería posible incluir también dentro de estos límites a la libertad la pobreza? Si bien la libertad es definida –tanto por las neurociencias como por la filosofía– como la capacidad que tiene el ser humano para tomar decisiones, cuando la pobreza



cierra las opciones para elegir, la libertad queda severamente restringida y, por lo tanto, aquellas personas que orilladas por la miseria toman como estilo de vida la prostitución no son realmente libres.

Aunque son muchos más los casos y aplicaciones prácticas que Mill analiza en su obra, podemos distinguir que la constante en todos éstos siempre será la misma: el único límite a la libertad individual es el bien común. En este sentido, la sociedad no tiene por qué declarar como malo algo que solo afecta al individuo.

Sin embargo, la persona solo se reconoce como libre en el encuentro con el otro. Dentro de este proceso de reconocimiento, inevitablemente ambos individuos acaban situados ante una disyuntiva. Por un lado, explica Octavio Paz en *La llama doble*, está la opción de una lucha constante para dominar al otro. Pero al mismo tiempo se nos presenta la salida del amor a través del camino de la entrega y la aceptación de la libertad de la persona amada. De esta manera, podemos decir –tomando las palabras de Paz– que «el amor es una apuesta, insensata, por la libertad». </>

Medir la libertad es una tarea compleja –por no decir casi imposible–, porque implicaría también medir el pensamiento y la experiencia previa.

¹ El sistema límbico está formado por una serie de estructuras que se encuentran por debajo de la corteza cerebral y que rodean al tálamo.

² La visión contemporánea de la teoría utilitarista de Mill la podemos encontrar en el filósofo Peter Singer. Según explica Singer, en su libro *Ética práctica* (2009), si en nuestras manos está ayudar a una persona que se encuentra en situación de pobreza y no lo hacemos, sería moralmente equivalente a dejarla morir (pp. 221-249).

Bibliografía

Fuster, J. (2015): *Neurociencia. Los cimientos cerebrales de nuestra libertad*, Paidós, México.

Godoy, J.D y Laborde, A., (8 de enero 2021), Twitter suspende permanentemente la cuenta de Trump ante el riesgo de «incitación a la violencia», El País.

Hume, D. (1739): *Tratado de la naturaleza humana*, Editora Universal, Madrid, 1977.

Mill, J.S. (1859): *Sobre la libertad*, Alianza Editorial, Madrid, 1988.

Paz, O. (1993): *La llama doble*, Seix Barral, México.

Rousseau, J.J. (1762): *El contrato social*, Aguilar, Madrid, 1973.

Sartre, J.P. (1943): *El ser y la nada*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1966.



Regina Luévano es doctora en Gobierno y Administración Pública por la Universidad Complutense de Madrid, maestra en Filosofía por la UNAM, licenciada en Filosofía por la Universidad Panamericana (UP). Es profesora en la UP y el ITAM.

César Reynoso es neurólogo pediatra, doctor en Neurociencias por la Universidad de Navarra, director de la Clínica de trastornos de comunicación y autismo del hospital ABC, fundador y presidente ejecutivo de la Fundación ESAIN.